

EL DIALOGO

NECESIDAD DE LA IGLESIA ESPAÑOLA (II)

B. López Molina, S. J.

"Y, finalmente, nuestro diálogo se ofrece a los hijos de la casa de Dios, la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la que ésta, la romana, es "mater et caput". ¡Cómo quisiéramos gozar de este diálogo de familia en la plenitud de la fe, de la caridad y de las obras! ¡Cuán interno y familiar lo deseáramos, sensible a todas las verdades, a todas las virtudes, a todas las realidades de nuestro patrimonio doctrinal y espiritual! ¡Qué sincero y emocionado en su genuína espiritualidad! ¡Qué dispuesto a recoger las voces múltiples del mundo contemporáneo, que capaz de hacer a los católicos hombres libres, hombres serenos y valientes". (Ecclesiam suam).

¿Es posible el diálogo, hoy día, prácticamente, en la Iglesia española?

Lorenzo Gomis, hace poco (Ciervo, Setiembre 1966), se hacía una pregunta parecida: ¿Hay opinión pública en la Iglesia Española? ¿Funciona esa opinión adecuadamente?

Ecclesia, en su número del 17 de Setiembre de 1966, en su editorial: «Con profundo dolor», escrita a propósito de la llamada «Acción Moisés», no dudaría en dar una respuesta afirmativa: «Pero sí debemos recordar a todos que la Iglesia tiene unas leyes cuyo cumplimiento es obligado mientras no sean abrogadas, que, sin necesidad de acciones clandestinas, todos pueden dirigirse a la Santa Sede, a la Conferencia episcopal y a cada uno de los obispos españoles, y que en los consejos presbite-

riales, ya organizados en algunas diócesis españolas y próximos a organizarse en todas, encontrarán un cauce institucionalizado para el diálogo con la Jerarquía. Cuando hemos visto a nuestra jerarquía gastar muchas horas y muchas jornadas en dialogar con los sacerdotes y con los seglares, y cuando estamos recibiendo de la conferencia episcopal y de sus comisiones respuesta a cuestiones y problemas que le hemos presentado, no podemos sustituir el diálogo sereno por el ataque público desde la clandestinidad».

Lo dicho es verdad. Pero ante los diversos problemas que estamos viviendo en nuestros días, vale la pena preguntarse con ánimo tranquilo y sereno, si esos cauces oficiales de diálogo existentes hoy, son suficientes, adecuados

y capaces de recoger sin escándalo y en apertura auténtica las mil inquietudes de nuestra comunidad cristiana. Es un hecho imposible de ignorar, que hay muchos sacerdotes, seculares y religiosos, y muchos laicos que no se sienten representados en ese diálogo oficial, que creen que sus inquietudes se ven abortadas antes de llegar a ser viables, que piensan que no se les escucha o si se les escucha no se les oye, que si exponen ciertos problemas o soluciones atrevidas, llamémoslas así, se les «ficha»; y surge el temor y la desesperanza.

Los sucesos de Barcelona, lo de la desaprobación de las conclusiones aprobadas por la acción católica, lo de los sacerdotes párrocos de Lérida, lo de la «Acción Moisés», hechos que de ningún modo pretendemos enjuiciar aquí en sí mismos, son, a nuestro parecer, ejemplo vivo de esto que venimos diciendo, manifestaciones al exterior de un fondo que no se cree escuchado convenientemente, al que aún no ha llegado el diálogo. Mientras el diálogo no se abra camino hasta él y salve todo lo que de auténtico y verdadero posee faltará algo esencial en el cumplimiento misional de nuestra Iglesia.

Hay cauces para el diálogo, pero los existentes no parecen satisfacer en la realidad práctica. Y el diálogo no es algo cuya forma deba imponerse. Si hay imposición, si en medio de él se mezcla el temor, el miedo, la amenaza, la represalia, o la sospecha de todo ello, ese diálogo deja de ser diálogo para convertirse en monólogo del más fuerte y en oculta represalia del más débil.

Permítasenos transcribir, como hecho objetivo que ilumina lo expuesto, unas palabras del famoso documento de la «Acción Miosés»: **«Hemos de decir, por lo demás, antes de seguir adelante, que quienes firmamos estas líneas no abrigamos grandes esperanzas de ser escuchados. Es un hecho que muchos sacerdotes nos sentimos profundamen-**

te humillados por nuestra jerarquía; vemos cada día cómo se otorga a la autoridad civil un crédito que una y otra vez se nos niega; cómo se hace más caso de la prensa dirigida que de quienes nos hallamos en contacto con el pueblo, y eso a propósito de problemas que son de nuestra más rigurosa incumbencia: sociales, morales, religiosos. Acabamos de ver hace poco tiempo con estupor a nuestra jerarquía desautorizar sin haberlos escuchado suficientemente, el gesto pacífico de unos sacerdotes, sin dedicar un reproche suficientemente claro ante el pueblo, al gesto violento de unos policías y a la campaña, cuando menos tendenciosa, de los medios dirigidos de comunicación. Todo ello tan descorazonador como si fueran nuestros propios pastores quienes nos arrojasen a los lobos».

Repetimos que no queremos enjuiciar esos hechos en sí mismos. Puede haber en todo ello aspectos condenables. No nos interesa tratarlos aquí. Sólo pretendemos destacar una idea: ahí existe una conciencia de que no es posible el diálogo, de que los cauces oficiales están contaminados de sospecha de incapacidad y de falta de apertura.

Y no se nos diga que ese sentimiento es de unos pocos. Bastaría aún así. Pero son muchos, lo hemos podido comprobar, los que en tranquilidad y sin violencia, opinan que son demasiados los problemas para los que el diálogo no tiene camino. ¿Qué es lo que pasa —me comentaba extrañado el director de una revista francesa, sacerdote— que en España hay tanta dificultad para exponer los problemas, que han de ser tratados siempre con tanta delicadeza, y con peligro de despertar siempre un mundo de suspicacias y tensiones?

Lorenzo Gomis escribía en su artículo antes citado: «Porque si puede resultar ingenua la pretensión de obligar a la jerarquía a una postura revolucionaria radical, a través de un documento cuyos firmantes no aparecen visiblemente

te, no resultaría en cambio humano ni justo condenar esas aspiraciones y deseos a un silencio forzado. El camino obvio, natural, contemporáneo, «conciliar» es la opinión pública. Hay que poder expresar de una manera leal y digna, cortés y valiente, las aspiraciones de las conciencias cristianas, los puntos de vista de quienes se sienten miembros vivos de la Iglesia universal...» «¿No ha llegado la hora —concluía Lorenzo Gomís— de dejar de lado por parte de todos los ejercicios de intimidación y represalia, los laberintos de las amenazas y del temor para dar buen testimonio de una opinión pública sana en que podamos y sepamos hablarnos y escucharnos sin miedo y sin ira?».

Creemos que sí. Pero para que llegue esa hora en que cada uno pueda hablar por sí o en comunidad y sentirse escuchado, hay que desbrozar antes un camino absolutamente necesario: el del diálogo. Un medio: el diálogo. Un tema: ¿Son suficientes los cauces actuales para el diálogo? ¿Se hacen necesarias formas nuevas, que respondan mejor a las necesidades palpitantes, existentes? ¿Tenemos verdadero diálogo?

Ante las opiniones contrarias el mismo diálogo leal y sincero ha de ser el camino para llegar a encontrar lo que la Iglesia nos pide hoy como medio necesario y primordial de apostolado en el mundo; un diálogo paterno y filial, fraternal. Diálogo sobre el diálogo. He ahí una primera necesidad.

Otro hecho completamente evidente, objeto constante de estudio en prensa y revistas es lo que llamamos la crisis del clero, de los católicos, de la Iglesia, con el adjetivo de la Iglesia española, que es la que más cerca tenemos. Crisis de desarrollo y crecimiento, que para que sea beneficiosa como en la edad pueril ha de ser superada en un diálogo filial y paternal, y no en tormentas castreras, que sólo conducen a la desespe-

ranza, a la desifución y a veces a la ruina. Crisis que es ruptura. Ruptura de jerarquía, clero y pueblo.

Existe una desconfianza en el magisterio de la Iglesia española.

¿Son muchos o pocos los que no tienen esta confianza? Los hay. No importa el número, ni —una vez más, ahora— las razones, objetivas o no, de ese sentimiento. Quizás menos en un tono de violencia, más en un tono de tranquilidad, de precisiones y matices. Lo cierto es que existe un fondo vivo, que no se puede ignorar, que habrá que analizar y estudiar; un ambiente en el que se acusa a nuestra Iglesia —y aquí estamos todos, cada cual con su propia responsabilidad— de excesivo interés económico, de confusión político-religiosa, de un exceso de compromiso con una parte de la sociedad que mata la libertad de espíritu, de excesivo prudencialismo, de falta de ritmo para cambiar unas estructuras que se ven como ya fenecidas. Se ve la necesidad de encarnar la pobreza, la sinceridad, la libertad de la Iglesia, en la Iglesia, y para la Iglesia. Se aspira a encarnarse en el pueblo en nuevas formas, aunque para ello hayan unos de ser tachados de hijos infieles por otros que se creen hijos fieles y buenos. Puntos todos que dividen y rompen la unidad del pueblo de Dios, de nuestra comunidad eclesial.

Son muchos los problemas a tratar y complejos. Pero lo que no cabe la menor duda es que no se puede sin más cerrar los oídos a ellos, que su solución no nos puede «venir dada», que se ha de establecer un diálogo sincero, abierto, valiente, eficaz, sin miedos, «capaz de hacer a los católicos hombres verdaderamente buenos, hombres sensatos, hombres libres, hombres serenos y valientes» (Ecclesiam suam). Porque son muchos ya los desilusionados, los que se alejan de la Iglesia y se escandalizan de ella porque no respondemos a lo que nuestro tiempo pide y con razón. Muy bien expresaba esta misma idea A. Miret

Magdalena (Triunfo 11-Junio-1966) al afirmar: «Creo, por eso, que llega la hora de preguntarse seriamente ¿cuántas personas han perdido la fe por proponerles un punto de vista avanzado en la renovación de la Iglesia? En realidad, lo que sí conozco yo —y ello puedo dar prueba— es que ha habido bastantes que la han perdido precisamente por lo contrario: por no haber llegado a tiempo, y haber sido todos demasiado rutinarios en nuestras costumbres e ideas». «Lo que los católicos necesitamos— decía él mismo en otra ocasión y con acierto— es un revulsivo y no paños calientes».

El caso del Padre Camilo Torres, joven sacerdote colombiano que el año pasado fue reducido al estado laical y se lanzó al monte en plan de guerrillero, muerto al fin con las armas en las manos por las balas del ejército, nos puede invitar a reflexionar. «Cuando se dan circunstancias —había dicho— que impiden a los hombres entregarse a Cristo, el sacerdote tiene como función propia combatir estas circunstancias hasta derrocarlas, incluso al precio de la posibilidad para él de quedarse al margen del rito eucarístico que, por otra parte no se comprende sin el don de los cristianos. La comunidad cristiana no puede ofrecer el sacrificio de una manera auténtica si, previamente no ha realizado de manera también auténtica el precepto de amor al prójimo. Yo sacrificio uno de los derechos que más profundamente estimo, el de celebrar el culto exterior de la Iglesia como sacerdote para poder crear las condiciones que conviertan en auténtico este mismo culto».

Ciertamente estamos ante un caso extremo. Pero ante un error objetivo manifiesto y las soluciones extremadas a que llegó podemos preguntarnos ¿fue sólo culpa suya?, ¿tuvo posibilidad de diálogo y no se aprovechó de él o no encontró una apertura comprensiva en la que realizar rectamente lo noble de sus aspiraciones?

El pueblo por otra parte, especialmente el pueblo obrero, vive lejos de la Iglesia, que es vista frecuentemente como un lujo de las clases privilegiadas. Quien ha podido hacer la experiencia de trabajar entre obreros por un espacio de tiempo suficientemente largo habrá podido observar cómo todo ello es realidad dolorosa y tremenda.

La faz de la Iglesia ha de cambiar. ¿Cómo ha de ser la Iglesia? ¿Cómo han de ser los sacerdotes? ¿Cómo ha de ser la jerarquía? Y todo ello para responder a las exigencias profundas del pueblo de Dios. La realidad viviente de la comunidad cristiana está pidiendo a gritos ese diálogo paternal, filial, fraternal. Diálogo de encarnación, y por tanto de renuncia, por el que se pueda dar con la auténtica faz que el Espíritu Santo quiere para nuestra Iglesia de hoy.

En la Iglesia ha de entrar el diálogo, se ha de hacer realmente diálogo. Un diálogo orientador, que haga luz y guíe en los múltiples aspectos de la realidad cristiana, que hoy se nos presentan como problema. La Iglesia somos todos y todos hemos de participar activamente en la revelación del rostro auténtico de la Iglesia.

El concilio nos ha abierto líneas directoras. Nuestro diálogo ha de hacerlas realidad en el estudio sincero de esas líneas conciliares. El pulsar las corrientes de vida del pueblo, comunidad cristiana, nos dará luz para ver qué cambios han de producirse en las diversas estructuras y estamentos eclesiales. Un cambio que irá hacia la pobreza, hacia la renuncia, hacia la revitalización de lo auténtico evangélico en nuestros días.

No se podrá, por ejemplo, hacer una moral matrimonial, sin que el matrimonio tenga participación en el diálogo. Esta es la razón de su acceso a las comisiones que estudian el tema. Ellos saben los problemas porque los sienten en carne viva. Ellos han de buscar soluciones ayudados por nosotros. No puede

haber un auténtico apostolado laical, sin que el laico tome conciencia de sí mismo y aprenda que ser católico no quiere decir dejar de pensar, porque otros piensan por mí, sino aprender a pensar. Vivir él la realidad cristiana y saberlo exponer en diálogo para el estudio de sus problemas y soluciones.

Cuando todos sientan la Iglesia como suya y todos sean capaces de exponer con amor sus defectos sin paliativos y se dialogue para encontrar soluciones auténticas, habremos dado en el clavo para la reconstrucción de una Iglesia mejor, habremos llegado a la madurez.

«Así pues, por razón de esta comunión en el mismo sacerdocio y ministerio, tengan los obispos a los presbíteros como hermanos y amigos suyos... Oiganlos de buena gana, y hasta consúltenlos y dialoguen con ellos sobre las necesidades del trabajo pastoral y el bien de la diócesis».

Decreto sobre el ministerio de los presbíteros n. 7